

## EDITORIAL

Ha llegado a su término mi segundo período como Editor de este Boletín. Durante este lapso publicamos seis números (N° 19 á 24) y creamos varias nuevas secciones (HUMOR EN LA ARQUEOLOGIA, PUBLICACIONES, EL RINCON RUPESTRE, COLUMNA TEXTIL, ARQUEOLOGIA POR CONTRATO y EL CORREO DEL CHASKI). A la indispensable ayuda de Luis Cornejo, se sumó, desde el N° 21, la de Carolina Agüero, ambos en calidad de Editores Asociados. Estoy infinitamente agradecido con ellos por la colaboración que han prestado. También debo reconocer el aporte de Carlos Ocampo, quien ha hecho posible que con este número se inaugure en Web la primera edición electrónica de este Boletín. Finalmente, no podría excluir de estos agradecimientos a los diversos colegas que, con sus escritos, han hecho suya esta revista.

Es cierto que últimamente se ha tornado difícil conciliar mis esfuerzos por concluir lo que una vez empecé en Kentucky, con mi trabajo editorial. No puedo negar, sin embargo, que este trabajo se ha ido convirtiendo, cada vez más, en una tarea sumamente gratificante. En parte, porque dos veces al año me ha puesto en contacto con el quehacer de mis pares en diferentes regiones de Chile y con problemáticas arqueológicas que, en otras circunstancias, difícilmente habría tenido tiempo para apreciarlas. Sinceramente, me he sentido un privilegiado al poder hacerlo.

Pero hay más razones. Hace exactamente tres años, en el balance que entonces hacía de mi gestión durante mi primer período como Editor, me quejaba de la poca motivación de los socios por publicar en esta revista. Lamentaba también el escaso sentido crítico que observaba en nuestro medio. Pues bien, desde esa fecha, el panorama está cambiando en 180°. Si antes teníamos que salir, literalmente, a "cazar" artículos y otros escritos para mantener con vida a un paciente que de otra manera se nos moría, hoy en día los trabajos llegan en forma totalmente espontánea. Incluso, en ocasiones la afluencia de éstos ha sido tal, que nos hemos visto obligados a postergar su publicación para el número siguiente, cosa impensada hasta hace muy poco tiempo. Incuestionablemente, en el período editorial que finaliza el Boletín ha adquirido una dinámica propia y ya no necesita de "respiración artificial". Por añadidura, hemos visto cómo empieza a insinuarse un serio espíritu crítico, que se manifiesta, principalmente, en los escritos que llegan con sorprendente regularidad a la sección TRIBUNA. ¿Cómo, entonces, no sentirse contento?

Explicaciones para este fenómeno pueden haber muchas. La que más nos gusta es que, por una parte, los colegas se han ido convenciendo de que el Boletín es un espacio acogedor y apropiado para difundir sus logros en el campo de su especialidad y, por otra, que han terminado por entender que la crítica científica debe abandonar el cómodo ambiente de los pasillos para instalarse con mayor asiduidad en sus escritos.

Todo esto con matices, por supuesto. Si uno revisa el perfil etario de los colaboradores, reparará en que éstos pertenecen, en su inmensa mayoría, a las generaciones más recientes. Descontando a esos jóvenes eternos que son Virgilio Schiappacasse, Hans Niemeyer y Oscar Espouey, quienes conservan intacto su entusiasmo por publicar en el Boletín, los autores son preponderantemente colegas llegados a la Sociedad o a la arqueología profesional hace menos de 15 años y, con frecuencia, muchísimo menos. A nadie puede escapar que este cambio demográfico en las autorías obedece en alguna importante medida a esa verdadera transfusión de savia nueva que recibió la Sociedad a partir de 1995, con el ingreso de cerca de una treintena de jóvenes profesionales. Últimamente, nos hemos visto enfrentados a la grata presión de abrir las puertas editoriales a colegas recién egresados de la Universidad, quienes, no pocas veces, están haciendo sus primeras armas como autores en nuestro Boletín. Así, impensadamente, publicar en nuestra revista se ha ido transformando en un signo de juventud.

No hay duda de que el Boletín ha ido adquiriendo una creciente capacidad de convocatoria entre las nuevas voces de la arqueología chilena. Pero ¿qué hay de las otras voces?

Confieso que me extrañan de sobremanera algunas conspicuas ausencias. Echo de menos la participación de importantes segmentos de la Sociedad Chilena de Arqueología. No voy a personalizar mi crítica, porque cada uno sabe muy bien cuándo le calza el sayo. Pero la pregunta no puedo dejar de hacerla: ¿acaso no entienden estos colegas que el Boletín es una obra colectiva, cuya construcción concierne a todas las generaciones, a todas las regiones, a todas las disciplinas representadas en el seno de la Sociedad?

Hoy en día, existen motivos de sobra para publicar en estas páginas. Tómemos como ejemplo solamente el

aspecto difusión. Recuerdo que en mi Editorial de junio de 1994 intentaba convencer a los colegas de que mandaran colaboraciones, informándoles que el Boletín estaba siendo enviado a las bibliotecas de 23 instituciones, incluyendo ocho importantes centros de documentación extranjeros. Partiendo de la perogrullada de que todo autor escribe para ser leído, el "caramelo" que entonces esgrimíamos para seducirlos, era el efecto multiplicador que esa distribución significaba en términos de diseminación de los contenidos. Pero nos quedamos cortos, extremadamente cortos, en los alcances que las nuevas tecnologías podían ofrecer en términos de difusión científica. Si en esa época alguien nos hubiera dicho que en tres años más nuestro número de lectores alcanzaría una cifra de ocho dígitos, lo habríamos considerado una tomadura de pelo. Y ocurre que hoy eso es una "realidad virtual", porque la edición electrónica que parte con este número tiene un potencial de lectores de entre 60 y 80 millones de individuos. O sea, desde ahora, lo que usted escriba en este Boletín --colega-- puede ser leído por infinitamente más lectores que todos los que le puedan prometer las revistas convencionales a lo largo de toda su vida. Naturalmente que esa es una proyección irreal, qué duda cabe. Primero porque no todos los cibernautas son capaces de leer castellano y segundo, porque los temas de la arqueología chilena no son precisamente de interés universal. Pero quitémosle a esa cifra cuatro ceros y díganos si de todas maneras no es tremendamente atractiva para cualquier científico.

Lo otro es aún un sueño, uno largamente acariciado por todos los socios: la Revista de la Sociedad Chilena de Arqueología. Actualmente, no sólo disponemos de toda la capacidad técnica para hacerla realidad, sino también de un número importante de colegas bien preparados, con mucho que decir y con la dosis necesaria de ambición por ver publicados sus escritos, lo que asegura una continuidad que hace sólo tres años difícilmente era posible garantizar. Nuestra limitación es, por ahora, únicamente económica. Los arqueólogos chilenos todavía somos jaguares sin plata, pero quiero creer que esa utopía será concretada por el próximo Directorio antes de que termine el siglo. Después de todo, quedan poco más de tres años y, como hemos visto, en ese lapso pueden pasar muchas cosas...

JBR